

en la jaula, que canta menos alegremente que su corazón. En su modesta vida pasa el día trabajando á *oficio*, lo que quiere decir que es ribeteadora ó sastra, y por la noche, al entregar la obra, se deja acompañar por su chulo y convidar por él y pagar á veces el convite en la taberna ó la buñolería, que majas que visitaban el *Solillo* en coche ó la botillería de Canosa, eran majas *falsificadas*, majas de más alto rango que gustaban de confundirse en las fiestas populares con el pueblo bajo y adoptaban su traje para disculpar sus aventuras. La mujer del pueblo, aun las mozas de rumbo, no entraban entonces en cafés ni botillerías, se solazaban en meriendas al aire libre, y donde quiera que tropezaban con una guitarra, armaban su baile á puerta de calle, y donde quiera que veían miseria la socorrian y sacrificaban á ella sus pocos bienes ó su tranquilidad. ¡Cuántas personas que desdeñaron á la humilde moza de *rompe y rasga*, debieron á su solitud un asilo en las revueltas políticas en que abundó aquel periodo de nuestra historia! ¡Cuántas *petimetras* que torcían el gesto al ver la graciosa mantilla de la maja, tuvieron que recibir de su mano pan y abrigo al ver expatriarse á sus padres ó deudos! Su corazón, que tomaba razón de inmediato ultraje, era pródigo al beneficio y olvidadizo para el agravio. Sus culpas, si las tenía, eran hijas de su falta de ilustración, no de su falta de virtud. Mezcla informe de ignorancia y bondad, de descaro y de fanatismo, se la veía hablar sin pudor y llorar por cualquiera lástima que se ofreciese á sus ojos; insultar á un torero en el redondel y poner una lamparilla encendida á la Virgen de la Soledad, porque saliera ileso su chulo de la corrida.

Tal era, ligeramente bosquejada, la mujer del pueblo madrileño á fin del siglo pasado y principio del presente, la maja que empieza con el motín de Esquilache y acaba con la célebre guerra de la independencia española.

JOAQUINA BALMASEDA DE GONZÁLEZ.

Continuará.

UNA LÁGRIMA.

TENGO mi nido en las revueltas del corazón humano; me da vida el dolor y la alegría; soy compañera inseparable del hombre; mis misiones son muy distintas respecto á él; casi siempre me manda Dios á sus ojos; cuando las pasiones me impulsan, abrazo su mejilla con su desconsoladora amargura; vivo poco; muero entre las auras; alguna vez mi tumba son dos labios; mi memoria la guardan muchos; sin embargo, se olvida.

¿Es ésta una lágrima? Sí: su nido está en el corazón humano; la formó el Criador con el bálsamo de su misericordia, porque sin una lágrima, ¿qué serían los mortales?

La pena se apodera del alma; un nudo de angustia sujeta con torcedores hilos los quejidos que quiere lanzar; el corazón se oprime, impotente contra el dolor que le ahoga; el sér que así sufre, siente su vida perdida en los brazos de la muerte: la lágrima brota del corazón; con ella se marcha el dolor que la envuelve; sube á los ojos, aparece en sus claros cristales, y al enturbiarlos arranca la pena que hay en ellos. La lágrima se ha llevado, tras su rodar silencioso, el nudo de angustia que oprimita aquella alma; en pos de sí deja la tristeza, pero no la muerte; su memoria es bendecida por aquel sér.

La alegría embarga los sentidos del hombre: canta, rie; sus descompasados movimientos encuentran pequeño nuestro planeta; la felicidad que siente no le deja buscar medio de expresarla, y su cabeza se pierde entre la oscura sombra de la locura; sus ojos están secos, ardientes; un minuto más, y su corazón ahoga el entendimiento: la lágrima aparece; raudal benéfico, en su corriente lleva cuanta felicidad guarda aquella alma, la razón aparece tras de ella; la tranquilidad brota de la alegría; aquel sér ya es feliz.

Las pasiones se desencadenan en el alma; el amor hiere con su arqueada flecha la fibra del sentimiento; lanzado el hombre por la peligrosa pendiente de sus deseos, siente impotente la fuerza de su voluntad para combatir al enemigo niño: sufre y goza á la vez; ama: el puñal de los celos se clava en su corazón; la desesperación turba su entendimiento, quiere morir y ni aun puede; sus ojos se humedecen y llora; con la lágrima se fué el ardoroso fuego de su pasión, y entre su alma quedó, como suave perfume del cielo, puro el amor; ésta es una lágrima.

Ella nos muestra lo efímero de nuestros sentimientos, pues que sólo una gota de trasparente líquido basta para borrarlos; ella, al final de nuestra jor-

nada, brota de nuestros ojos como si quisiera llevar al Supremo Hacedor el espíritu que la dió para asilo.— ¡Desgraciados los que de sus ojos no lanzan una lágrima! No tienen corazón, ó le matan rechazando aquella hacia su fondo. Jamás la debemos ocultar en el alma. Dios la recoge siempre, porque una lágrima es el holocausto de nuestro sér al Sér que la formó!

ROSARIO DE ACUÑA DE LAIGLESIA.

CRÓNICA TEATRAL.

AIDA.

Música de Verdi.—Letra de Guislanzoni.

REPARTO.

Aida.....	Srita. Gini.	Amoroso.....	Sr. Pogliani.
Amneris.....	Sra. Pieri.	El rey.....	„ Pozzi.
Radamés.....	Sr. Pizzorni.	Ramí.....	„ Mancini.

Siguiendo la costumbre de los periódicos ingleses, hemos puesto al frente el reparto de *Aida* en su nueva audición en nuestro gran Teatro Nacional.

La sala del coliseo de Vergara pocas veces había estado más brillante desde su inauguración por el general Santa-Anna, allá por los años de 1840 á 42.

La juventud y los adornos elegantes de las damas, la atmósfera que sigue y envuelve siempre á la juventud y á la belleza, impregnaban el ambiente con algo á que no estamos habituados, y constituían un medio de vida, aunque transitorio, que esta sociedad mexicana podía tener y tuvo antes.

Querer es poder, dice uno de los más vulgares refranes, y en efecto, cuando nuestro bello sexo quiere y se muestra en público, todo se anima, se ilumina con una luz indeficiente.

No es cierto que en México falten elementos para la vida social ni para la vida intelectual. La prueba mejor es la actual temporada de ópera; ha bastado una excelente compañía y el solo anuncio del *bel canto*, para reunir esa pléyade de mujeres hermosas, de damas distinguidas, de ángeles del hogar. En efecto, recorred con la vista los palcos del Nacional: fuera de dos ó tres que se venden eventualmente, vereis en las plateas á la Sra. Romero Rubio de Díaz, de la que decíamos en una revista de la primera función que era el ornato de nuestra sociedad como su marido lo era de la patria en las leyendas del valor y del heroísmo; á las señoras y señoritas de Vizcarra, García Teruel, de Escandón, de la Torre, Corona, Mariscal, Santacilia, Prida, Sánchez, Dublán, Chavero, Juárez, Villalva, Escalante.... y otras muchas.... lo más granado de nuestra sociedad.

¿Por qué ahora ese aliento de vida social, y en otras épocas un aislamiento profundo? No lo podríamos decir á punto fijo. Tal vez el secreto consista en el espectáculo, y á ser así todos los medios debían ser puestos para tener constantemente uno que satisficiera esa necesidad.

No faltan tampoco medios para la vida intelectual: lo prueba esa afición al arte lírico de nuestro público, sus decisiones artísticas; y en el terreno literario la publicación misma para la que escribimos estas líneas. La inteligente directora del *Album de la Mujer* no nos desmentirá. Ella, que á las galas femeniles y sociales reúne el fondo de un espíritu elevado y un talento indiscutible, es sin duda de nuestra opinión.

Pero hablemos de la audición de *Aida*, en México, y en el año de gracia de 1885.

De descarse era que el ilustre maestro parmesano, que hoy descansa del peso de la gloria en su quinta, cuyo nombre ha dado que decir hasta en la política, y significó en un tiempo el grito patriótico de ¡Viva Víctor Emmanuele, *Re D'Italia!* hubiera asistido al Nacional el jueves antepasado.

De seguro que el maestro ilustre que vió en obsequio de su genio preocuparse á todos los sabios para reconstruir un escenario arqueológico; hacer de su obra la pieza *rotiva* de un teatro regio; á quien en el Cairo se le hizo salir treinta y cuatro veces seguidas; en Milán se le ha consagrado un cetro con brillantes y esmeraldas, y el París músico ha ido á pedirle que dirigiese su obra en la Gran Opera, de seguro que hubiera dicho que estaba satisfecho de la interpretación de los artistas de nuestro Gran Teatro.

¡Singular destino el de Verdi! Comenzó su carrera en la época romántica,